

Círculo Rojo

Océanos de sangre

Océanos de sangre

Eva Esther Pérez Velázquez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: abril 2018

Depósito legal: AL 841-2018

ISBN: 978-84-9194-237-5
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Eva Esther Pérez Velázquez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Imagen de cubierta proporcionada por el autor

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Con lucha y tesón, los sueños se hacen realidad

En memoria de Antonio, que naufragó en el camino de la vida.

A mi hijo Joel y a su padre, gracias por estar a mi lado.

A mis padres Abelardo y Antonia y a mis hermanos Abelardo y Gabriel, que vuestros sueños también se hagan realidad.

A mi tía Emilia, gracias por enseñarme un mundo nuevo.

Y al resto de mi familia y a todo lector, que las palabras escritas en este libro les llegue al corazón y si no es así, al menos que les haga pasar un buen rato.

Hasta pronto.

COSAS DEL DESTINO

En una noche cualquiera de aquel mes de abril de 165.... la mar parecía tranquila y sus aguas en calma. Aun con eso, el vaivén del barco seguía siendo igual de constante que a la salida de puerto, días atrás. De izquierda a derecha, pequeños objetos rodaban a unísono del movimiento, mientras las maderas crujían como si de entrañas humanas se tratase, en un leve quejido agonizante.

Miguel, y yo misma, nos contemplábamos en la penumbra, alumbrados por una pequeña vela que a dos pasos de la extinción se hallaba. Últimos momentos de luz que deseábamos aprovechar, en silencio, anotando en nuestras retinas todo cuanto nos rodeaba. Pues, cuando esta se hallase en el último suspiro y nos abandonase, el resto del camino quedaríamos a merced de la oscuridad. Sin ventanal que nos anunciase el fin de un día o el comienzo de otro. Sin animal o cualquier ser vivo que nos dijese lo cerca o lejos que estábamos de tierra firme. Aislados, sin saber de avistamientos de otros navíos o si estos eran amigos o enemigos. No podríamos, tan siquiera, ser alertados en caso de piratas, nadie sabía de nuestra existencia a bordo. Ningún alma podría compadecerse, salvo cuando nuestros oídos oyesen sus cañones, agujereando el casco del mismo, o nuestras propias entrañas.

—No debéis temer nada, todo irá bien. Os hice la promesa de llevaros a Tierra Firme y pienso cumplirla. Solo hemos de ser

fuertes y aguantar unos días más. Cuando lleguemos a las Canarias hallaremos la manera de bajar a tierra sin ser vistos. Esta vez pienso llenarme la camisa de velas y candiles. Os lo juro.

Miguel se había llevado el dedo gordo a los labios para besarlo. Era su forma de reafirmar su promesa.

—No temáis por mi, yo estoy bien. Confío en vos.

—Pero, este hedor a meados y excrementos Las ratas correteando a nuestro alrededor. Dormir en la fría y húmeda madera sin comodidad alguna. Catalina, a mi no podéis engañar, os he escuchado llorar cuando creíais que dormía. Se que queréis hacerme creer que sois fuerte, que no sois una niña mimada y todo esas palabrerías que me contasteis para convencerme de que os trajera conmigo. Y antes de que me digáis nada más, deciros, o más bien confesaros, que poco o nada hacía falta para tal . Yo deseaba que vinierais, lo deseaba desde el mismo instante en que pensé en hacerlo. No se si cuanto diga ahora pueda serviros para daros más fuerza o simplemente necesite deciros que sois lo mejor que me ha pasado en la vida. No es que pueda admitir que mi vida haya sido muy larga, pero a mis diecisiete años, o al menos esos son los años que creo que tengo, y hasta que os conocí. Todo cuanto formaba parte de mi existencia, era el mercado, los alrededores de la Catedral y los suburbios. Entre ellos, los burdeles. Donde por unas miseras monedas tenía mi residencia, compuesta por un viejo camastro raído y un zurrón robado, años atrás. Como vestiduras, la que llevo, heredada de un viejo borracho apuñalado por intentar hacer trampas al dueño del burdel. El cual, por ser buen inquilino, no le supo a mal regalarme tales prendas y siempre y cuando no me metiese con ninguna de sus mancebas. A menos que pagase buen precio por ellas. El caso es, que desde aquella mañana, en la plaza, donde me pillasteis robándoos la bolsa. No podido dejar de pensar en vos. Por cierto que aun hoy me pregunto porqué no me delatasteis. Durante un tiempo y antes de decidir volver al mercado haber si volvía a veros estuve dándole

vueltas a la cabeza. ¿Por qué dejasteis que me llevara la bolsa, por qué no gritasteis? Tan solo te quedasteis allí, mirándome, de aquella extraña forma. Sabía que miedo no era, pues ya sabía como os mira la gente cuando os tiene miedo. Odio, tan poco, porque también la conozco. ¿Lástima? ¿Por alguien como yo? No lo creía. ¿Por qué me mirabais de aquella forma?

Hubo un silencio en el que la vela terminó de consumirse y la oscuridad hizo acto de presencia, como si anduviese al acecho, esperando el momento de atacar.

Pude haber interrumpido su confesión. Impedir que continuara, hacerle callar de algún modo. Mas no lo hice y todas sus palabras entraron en mi cabeza como un tropel inundado mis sentidos. Arrastrada por la melancolía de su voz, por aquel tono que sonaba más a despedida que a declaración de intenciones. Ha hecho de derrota más que de victoria. Quise mirar en su rostro, ver que era lo que trataba de decirme. Vi pequeñas lágrimas, un leve gesto de humildad y pena. Pero, la vela se había consumido y todo se quedó en eso. Una duda. Una duda que puede haber aclarado en ese mismo instante, si en la oscuridad, le hubiese confesado la verdad. Que aquel día en el mercado no fui capaz de delatarlo porque su mirada, sus gestos, todo él me había cautivado y que ya desde mismo instante anhelaba volver a verlo, saber de él.

No hice nada. Me quedé allí, frente a él. Contemplando una sombra, como si fuese ella quien delatase mis sentimientos, mis deseos. Porque era eso, deseo, lo deseaba con todo mi corazón y con todo mi cuerpo. Como en otras muchas ocasiones que junto a él habría deseado no ser tan piadosa, tan señorita y en un brote de locura haber saltado sobre él, descosido sus ya raídas ropas y haber dejado que la pasión los envolviese a ambos.

Tras aquella extraña confesión, en la que mi silencio contribuyo a su desconcierto. Nada más supe de sus sentimientos o actos. Nos limitábamos ha hablar de temas banales como de que haríamos en Tierra Firme, de cuales sería nuestro cientos de trabajos

que podríamos realizar. Sueños imaginarios de dos niños que jugaban a ser adultos y donde dejaban atrás cualquier mal tiempo para invertir en otros mejores.

Aun puedo recordar nuestras risas haciéndose paso entre la nada. Nuestros cánticos en susurros para que nadie de arriba nos oyese. Es triste, nostálgico pensar ahora en ello.

Era mañana, tarde o noche. Nunca he estado segura de eso. De lo que si estoy convencida es de que hasta aquel momento todo había ido bien, tal como prometiese Miguel. Días habían transcurrido ya desde que saliésemos de nuevo a la mar y continuar viaje a La Española. Aunque a causa de algunos desperfectos en el navío, esta había partido sola, dos días después del resto. Su capitán, El día en que el resto del contingente partió, sin nosotros. Vimos, desde la lejanía, como el capitán se arrodillaba frente al resto de capitanes. Pidiendo clemencia, y le esperasen , que soló serían unos días más. Que el retraso sería mínimo, he incluso ninguno si los vientos estaban de su lado. Mas llevaban partidas de mercancías perecederas, muchos dineros en juego como para dejarlo a merced de una sola nave. Así que una nave española, sola, tan solo al amparo de Dios y de los ruegos de sus marineros. Navegaba, a toda vela para recuperar cuanto antes el tiempo perdido y alcanzar al resto del contingente.

Hasta Miguel, cargado de velas y demás para prenderlas, había llegado con mirada de terror en sus ojos. " Solos ante los piratas. Buitres carroñeros. Mal rayo les parta"

Esas fueron sus palabras al llegar. Luego se sentó junto a mi y me pidió le enseñase a rezar.

Ni sus rezos, ni las suplicas de todos los tripulantes pudieron impedir que tras varios días de tranquila y pacifica travesía, un cañonazo nos despertase de nuestro letargo.

—!Ya están aquí¡.

—¿Quienes?

—! Ellos, esos malditos piratas¡ ! Debemos actuar rápido o acabaremos muertos¡

—¿En serio creéis tal cosa? ¿Tan terribles son?

—Ni os lo podéis llegar a imaginar. No os he hablado antes de ello para no infundiros pavor, además no lo creí innecesario puesto que íbamos protegidos por la escolta real, y luego cuando nos quedamos solo no quise atemorizaros más.

—¿Entonces?

—Durante estos días he rezado, cosa que nunca creí fuese a funcionar. He estado pensando y la única solución para vos es que os hagáis pasar por en un chico.

—¿Qué? ¿Un chico? ¿Como...? Eso es imposible.

—!No¡ ! Si seguís mis instrucciones al pie de la letra y no os saléis de cuanto yo os diga, puede que tenga una salida¡

—!No os entiendo nada, si tratáis de no asustarme, nada estáis consiguiendo. Mi corazón está a mil porque no entiendo cuanto pasa y encima me gritáis como si fuese yo culpable de todo¡

—!Escuchad, Catalina, no hay tiempo para explicaciones¡ No contaba con esto, de verdad os lo juro, creí que todo saldría bien. Ahora debéis obedecerme en todo cuanto os diga¡ ¿si?

—Si, pero.

—Bien, entonces daos la vuelta y poneros de espaldas a mi.

No tuve más remedio que obedecer, mas por temor a su mirada desesperada que a los ruidos que nos llegaban del techo de la bodega.

En un momento vi caer al suelo mechones de mi cabello, cientos de ellos esparcidos por mi alrededor iluminados por la luz de la vela.

—Seréis yo, os dejaré ropas y demás. Ellos te aceptarán al ser polizón. Os enseñarán a ser como ellos y aprenderéis. Al principio será duro. A vuestras delicadas manos le saldrán callos de tanto fregar sus porquerías. os haréis ruda, cruel, asesina si fuese preciso, pero que nunca sepan lo que sois, no al menos hasta que os los hayáis ganado a todos. Deberéis obedecer cuanto os manden si rechistar, no tratéis de escapar, ni llaméis la atención.

Hizo un alto en sus instrucciones para agarrarme de los hombros y darme la vuelta con tal brusquedad que sentí sus dedos sobre mis huesos en una punzada de dolor.

—Nunca olvidéis mis palabras. Que no descubran que sois mujer antes de tiempo, porque de ser así sufriríais su rabia por sentirse engañados. Ellos no toleran a las mujeres más que como mercancía a vender o de placer. Si alguna vez temisteis yacer con aquél con el querían casaros, temed ahora lo que podrían haceros veinte o treinta como él.¿Lo habéis entendido?

No fui capaz de decirle nada. Solo asentí con la cabeza mientras unas pequeñas lágrimas comenzaban a caer por mi rostro.

—Todo va ir bien. Ojalá pudieseis veros, estáis.. parecéis un chico de verdad. Pero eso no bastará, tenéis que creéroslo. Tenéis que pensar como un hombre, comportaros como un hombre, sentiros hombre. Tenéis que olvidaros de las lágrimas, el miedo. Mostraros fuerte y duro. No dejéis que vuestros sentimientos salgan de vuestro corazón. Escondedlos para cuando estéis sola y aun así tratad de no ser muy efusiva. Alguien podría estar observándoos en algún rincón, en la lejanía. Fingid mentid, robad, asesinad, si es preciso, pero no dejéis que nadie sepa vuestra verdad. Ese debe de ser vuestro secreto. ¿Lo entendéis?

De nuevo volví a asentir con la cabeza, tratando de asimilar cuanto estaba escuchando. Mientras mi corazón me pedía a gritos saliese de aquella pesadilla. Que todo aquello no era más que un mal sueño y que yo continuaba, dormida, en mi habitación de Sevilla. Que a la mañana siguiente me despertaría de aquel mal sueño y de nuevo debería enfrentarme de que en pocas semanas iba a ser desposada con un viejo baboso.

—!Por mil demonios, Catalina, reaccionad, todo esto es real. No estáis en vuestra preciosa casa de Sevilla. Si no aquí, y vuestra vida depende de cuanto os he dicho¡ ! Por Dios que habría hecho cualquier cosa porque no os hallaseis en esta situación, pero las lamentaciones están de más ahora¡ ! Decidme de vuestra boca que

lo habéis entendido y de que haréis todo cuanto esté en vuestra mano por sobrevivir a esto. Que os olvidareis de rezos y modales. Que seros fuerte¡

—Si, os juro que de mi boca no saldrá mi verdad. Mi secreto nace y muere aquí y ahora.

Alcancé a aceptar esa afirmación sin realmente salir de mi ensoñación, pues la angustia de Miguel había ido en aumento a medida que sus palabras eran más desesperadas y atropellada. Era consciente de que el tiempo apremiaba, aunque yo no me hubiese dado cuenta de ello.

Un fuerte estruendo, seguido de una sacudida que casi nos hizo caer a ambos al suelo, me despertó. Todo cuanto Miguel me había dicho era real, lo supe y al mirarlo a los ojos lo comprendí.

—¿Os marcháis a luchar?

—Si. No puedo quedarme aquí abajo sin hacer nada.

—¿Volveréis?

—Haré todo cuanto esté en mi mano por regresar. No pienso dejar que esos bastardos me hagan su esclavo. Ya me pusieron una vez los grilletes, y cuando me escapé, me prometí a mi mismo que nunca más dejaría que me lo pusieran, así muriese en el intento. Antes muerto y libre, que vivo y esclavo.

—¿Y yo, me dejáis aquí? ¿Creéis que yo podría sobrevivir con grilletes?¿Por qué no lo hacemos más fácil y subimos juntos? Yo no quiero quedarme aquí. Vivir como esclavo inmersa en una mentira, con la zozobra de ser descubierta. A demás, no soy tan buena comediante como para hacer que unos piratas me tengan por un hombre.

—Te subestimáis No os he pedido nada que no hayáis asumido ya. Sois fuerte. Os habéis escapado de casa para vivir esta aventura y huir de vuestra propia esclavitud atada a un matrimonio contra vuestra voluntad. Habéis desafiado a vuestro propio destino dejando atrás lujos y comodidades por un destino incierto. Por ello sé,no, estoy convencido de que saldréis airosa de todo

esto. Seréis la mejor comediante, el mejor hombre, el más fuerte de los piratas. Y lo haréis por vuestra creencia en vos misma.

—Pero yo...

—No hay tiempo. Os dejo mi machete, para que no os vean del todo indefenso. Pero no lo uséis contra ellos, en cuanto os vean tiradlo a sus pies. Así aceptarán vuestra rendición y os perdonarán la vida. Arrodillaos para aseguraos, que no vean en vos duda alguna, pues os degollarían sin preguntar, sin mediar palabra alguna.

—Si, lo entiendo, pero antes de que os marchéis déjame abrazaros. Una despedida

Miguel no dijo nada. Lanzó al suelo su machete y me tomó entre sus brazos acercando sus labios a mis oídos.

—Ni tan siquiera ahora Dios atiende mis súplicas. Lo que podría haber sido un abrazo de amor se ha convertido en un adiós.

No dijo más, recuperó su machete del suelo y corrió adentrándose en la oscuridad. Allí sola con aquel arma a mis pies me sentí el ser más frágil y estúpido del mundo. A mis recuerdos no me llegan imágenes de haber llorado, o sentido miedo. Solo una nueva sacudida y con ella haberme caído al suelo. Se que no me levanté, que permanecí allí, escuchando los gritos, lamentos y carreras que provenían de la brutal y sangrienta batalla que se libraba a pocos metros sobre mi cabeza.

Mucho tiempo debió transcurrir, o al menos eso me pareció a mi, cuando el silencio se hizo sepulcral. Etéreo y uniforme en forma y medida. Solo un hedor a pólvora y madera quemada irrumpía aquella amarga oscuridad. Quise levantarme, oír de aquel lugar, escapar. El miedo no me dejó hacerlo, por el contrarío, me aferré a un más al machete entre mis brazos, dejando que mi cuerpo se quebrase en un ovillo. Tal era mi terror, que ni capaz era de llorar. Ni una pequeña lágrima fui capaz de derramar cuando me percaté de algo. Era un leve sonido lejano, un sonido que se hacía más audible a cada segundo. Un segundo más, y más compacto, firme.